



# Ejercicios Volpianos

Por: Ignacio Padilla

Especial para Ateneo

**H**a perdido la cuenta de los viajes que, a lo largo de tantos años, no comprendo con Jorge Volpi, en todos tan señalados como memorables. Pero, sin embargo, logré perfectamente el primer de ellos: las veces y al mismo tiempo tan lejos en nuestra memoria compartida que hoy casi parece un invento de la imaginación desahogada de Herastil, de Palca o de Urco.

Cuando Jorge y yo nos encontramos aquella vez en el aeropuerto de Nairobi, por esa época vivía yo en el reino sudafricano de Swazilandia, ninguno de los dos estaba seguro de qué se iba a hacer o a hacer con tantos deseos de escribir. Creo recordar que Jorge había llegado al África ochocientos por uno de esos accidentes del destino que aún ahora insisten en regir nuestras vidas. Su hermano Rosalba o rigió en aquel entonces un buzón proyecto editorial llamado Los cuervos de Tón, cuando omitió cambiar los nombres de Bruno Uarco y tradujo, desde luego, por Guillermo Fernández, y después nos llevamos de autores científicos o científicos de apellidos impronunciados y pocas veces escribibles. Jorge, que nunca fue demasiado entusiasmado de los proyectos literarios de Rosalba, había terminado sin éxito y se había pasado de despedir a acompañar a Ygor Soares, su entonces cuñado, en un viaje africano cuyo propósito era la búsqueda de nuevos autores para el catálogo de los libros de Tón. Que yo sepa, ningún rastreo cuando ahora de aquí vale de resultados tan dudosos como sus objetivos, mas no cabe duda de que, al menos en nuestras biografías, la ostentada kanyata de Jorge tiene aún mucha lírica por determinar.

Nos conocimos conocido varios años atrás, en plena adolescencia, gracias a la intervención, siempre generosa, de Pedro Angel Palca. Este último era entonces una mezcla escandalosa de niño genio y titilero de provincias que amenazaba las intenciones con un espectáculo de marionetas digno de mejores causas. Jorge había conocido a Pedro por la amistad que unió a los padres de ambos desde las épocas del Asesorio Ciudad de la Asociación que yo, devoto como soy de las marionetas, había heredado afortunadamente con Pedro en las numerosas fiestas infantiles a las que tuve que asistir en mi prolongada infancia pobrera. Un día, Pedro me llamó para decirme que había conocido al escritor más ecuménico de México y organizó entre nosotros un encuentro exclusivo e íntimo cuyo propósito consistía en nuestra reunión.

Volvíendo al África, Jorge me había hecho saber de su viaje de manera inclinada y sin

darme mucho margen para aprovecharlo. Pude, no obstante, coincidir con él en Nairobi después de un viaje largo cuyos pormenores he preferido olvidar. Para mi sorpresa, Jorge me había contado el pelo renunciando a la proverbial melena que le caracterizó durante nuestros años de bachillerato. En cambio, pude constatar de inmediato que aún conservaba los serenos gustos literarios que me habían, creo yo, sustruido a la literatura. En esas ocasiones, llevada bajo el brazo sus eternos ejemplares de La imitación de Cristo, de Tomás de Kempis, y Los ejercicios espirituales, de San Ignacio, leía sin cesar por los que Jorge siempre mostró una devoción casi enfermiza. En cuanto nos vimos, siempre bajo la luminosa sombra de Soares, me confesó que había presentado con éxito su examen para ingresar a la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional. Por otra parte, que por esas fechas, la noticia no me sorprendió, y si bien Jorge cambió luego sus desgracias para ingresar a la Facultad de Derecho, siempre me ha parecido que su andadura renacentista por la ciencia y por todo aquello que estuviera al parecer distanciado de la literatura, fueran y siguen siendo uno de los principales motores de su talento como escritor.

Estudiamos juntos en Nairobi durante tres días, en los cuales, justo es decirlo, el pobre Ygor Soares tuvo que apegarse a nosotros en sus pesquisas literarias. Mas afortunadamente, cuando Jorge y yo nos acordamos de irnos en una serie de visitas y desencuentros que culminaron en la penúltima posible, cuando, llevados por la curiosidad o por la mala suerte, fuimos sin saber cómo en un mercadillo de las afueras donde Jorge, incapaz de reconocer su natural vocación de fotógrafo frustrado y desconocido, se queja, me dio a narrar a los nativos que transitaban por el lugar. En dicho momento, un grupo de guerreros locales se acercó a nosotros para exigirnos que les pagáramos lo que suponíamos una cuota fotográfica más bien moderada. Resucitando a su proverbial prudencia, Jorge se rehúsó enfáticamente a pagar y recurrió a todas las alusiones que conocía en los más variados idiomas hasta que se encontró en el mercado un zancudo de padre y señor mío que dio con nosotros hueros en la comisaría local. Como se ve, ingenio Jorge para convencer de nuestra inocencia a las autoridades kanyatas, es algo que aún no se sabe de explicar. Lo único que recuerdo es que uno de los oficiales que esa tarde nos retuvieron registró nuestros pertenencias y descubrió con deleite la pequeña edición de los ejercicios

ignacianos que por tantos años abesórra mi compañero de fatigas. En cuanto a lo que en su momento, el hombre sonrió con desmesura, me miró casi con orgullo y me dijo en español: "Nos quedamos con eso y se van". Por un momento temí que Jorge quisiera a cambio las mismas muestras de rotundidad de los que había hecho gala ante los guerreros africanos. Me equivocé con el mismo entusiasmo de nuestro captor. Jorge accedió a perder su invaluable ejemplar y al poco tiempo volvimos al hotel donde Soares nos aguardaba al borde del infierno. Cuando Soares nos preguntó donde habíamos estado, Jorge simplemente respondió: "Evangélico". Y con esto dio por cumplido su deber de explicar nuestro desamparo a su jefe y cuñado.

Han pasado casi quince años desde ese día. Jorge ha vuelto a adquirir sus ejercicios ignacianos y aún sigue discutiendo con ellos como si supiera que en su vida quisiera encontrar a quien más lo solicitara en el gobierno. De aquella experiencia, si mal no recuerdo, surgió aquel proyecto de novela colectiva que, dos años más tarde, elaboramos conjuntamente con Urco, y que culmina por fin o a peregrina frase de El agua que no bebimos. Rosalba Volpi rechazó en principio la posibilidad de publicar en Los cuervos de Tón, no sé si porque la colección estaba ya al borde de la quiebra, o simplemente porque nunca le dio a la idea. Yo tampoco perdí a su hermano menor los pobres resultados de su viaje africano. Como quiera que haya sido, la novela vio permitida y finalmente la luz gracias a los buenos oficios de Luis Mario Schneider, y es bien su presencia ante críticos y lectores que prácticamente nada me atrevo a decir que fue ahí donde surgió en realidad nuestra amistad esteticamente literaria. Tengo algunos ejemplares de esa obra entre mis escritos. Hecho alguno y entonces descabido o recordo que Elvo modificó su stance al verter varios pasajes hasta dejarlos irreconocibles. Por un tiempo, Jorge volvió a dejarse el pelo largo, pero su convivencia con los abogados terminó por darle ese aspecto tan malo y esa retórica prosaica que hoy lo caracteriza. Estoy seguro, no obstante, que Jorge no ha dejado de ser ese adolecente melancólico y devoto de San Ignacio de Loyola con quien transitó azules, morados y comarques de África. Me hace gracia cuando lo preguntan sobre sus influencias literarias y él menciona sin ambages a Mann o a Pessoa. Bien es verdad que pocos escritores en el mundo han leído a aquellos otros con la inteligencia y el rigor de Jorge, pero su secreto, vaya si lo sé, está en esa devoción nunca manifiesta hacia los rigores, los milagros y la vida del santo de Loyola.

REVISTA ATENEO

33

Nº 18 (2012) Venezuela

## Ejercicios volpianos [artículo] Ignacio Padilla.

Libros y documentos

AUTORÍA

Padilla, Ignacio, 1968-

## **FECHA DE PUBLICACIÓN**

2002

## **FORMATO**

Artículo

## **DATOS DE PUBLICACIÓN**

Ejercicios volpianos [artículo] Ignacio Padilla.

## **FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## **INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

## **UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile